

## **Escribir desde la periferia: la figura del exiliado en *Fuera de lugar* de Edward Said**

Maya González Roux<sup>1</sup>

### **Resumen**

Edward Said presenta su autobiografía como el testimonio de su infancia y de su juventud. Más allá de que su escritura sea un desafío constante a la enfermedad que lo aquejaba, *Fuera de lugar* es una autobiografía que proyecta una determinada imagen de intelectual que, para su configuración, necesita posicionarse frente a la historia de Medio Oriente. Es decir, la escritura del microcosmos familiar se muestra estrechamente unida a la lectura que Said hace de la historia para poder proyectarse como el portavoz de una época en recomposición.

A través de la problemática de la lengua y de una identidad “desgarrada”, producto de los diversos exilios, Said relata desde el lugar del “outsider” (árabe pero también cristiano, un nombre inglés pero un apellido árabe, palestino pero en posesión de un pasaporte norteamericano), perspectiva que refuerza la imagen que desea legar.

### **Résumé**

Edward Said présente son autobiographie comme le témoignage de son enfance et de sa jeunesse. En dehors du fait que son écriture ait été un défi constant à la maladie dont il était atteint, *À contre-voie* est une autobiographie qui propose une image déterminée d'intellectuel qui, pour sa configuration, doit prendre position sur l'histoire du Moyen-Orient. C'est-à-dire que l'écriture du microcosme familial se montre étroitement liée à la lecture que Said fait de l'Histoire afin de se profiler comme le porte-parole d'une époque en recomposition.

À travers la problématique de la langue et celle d'une identité "déchirée", conséquence des divers exils, Said se situe en "outsider" (arabe et chrétien, avec un prénom anglais et un nom de famille arabe, palestinien avec passeport américain), une perspective qui renforce l'image qu'il désire léguer.

*En Fuera de lugar, autobiografía de Edward Said publicada antes de su muerte, el autor recorre su historia familiar y la historia de su patria perdida. Las reflexiones acerca de la lengua y de la identidad son los caminos principales elegidos por el autor para configurar su propia imagen de intelectual, evocada a través del dolor pero también de la sapiencia que origina el exilio.*

*Toda autobiografía es una obra de arte, y, al mismo tiempo, una obra de edificación; no nos presenta al personaje visto desde fuera, en su comportamiento visible, sino la persona en su intimidad, no tal como fue, o tal como es, sino como cree y quiere ser y haber sido.*

Georges Gusdorf

A lo largo de cinco años y de manera intermitente, cuando su enfermedad se lo permitía, Edward Said (1935-2003) escribió su autobiografía *Out of place*,<sup>2</sup> traducida al español con el título *Fuera de lugar*. Es una escritura que nace, paradójicamente a medida que la vida de su autor se apaga: vida y muerte siguen, por ello, un mismo ritmo, el de la escritura que se erige como catarsis y que trabaja, como un arqueólogo, con la memoria. Precisamente, estas memorias de juventud que abarcan alrededor de diez años (desde los 1940 hasta los 1950) ponen el acento en la historia personal de su autor pero también en la época poscolonial de Medio Oriente. De este modo, el cruce entre estos dos relatos, el de la vida y el de la historia, ilumina un tercer relato que habla de la experiencia del exilio. El resultado no es solo la configuración de un “yo íntimo”, que testimonia una época, sino la construcción de un “yo público” que condensa la figura del intelectual. Con este fin este relato autobiográfico se nutre y se construye a partir de la historia de Palestina. Así, lo que prevalece por sobre el “yo íntimo” es el punto de vista del extranjero que relata *desde afuera* para comprender mejor las complejas relaciones entre el imperio y sus colonias. Ya el título habla de un territorio (se trate del lugar de origen o bien del elegido) y de cómo se posiciona uno respecto a él. En este sentido, situarse entre dos culturas, la oriental y la occidental, equivale a estar siempre un poco “por fuera” de una de ellas. Sin desestimar “la desdicha esencial” de todo exiliado, este libro confirma la riqueza de la “mirada plural” entendida por Said como el resultado de esta doble pertenencia: “*Parece extraño hablar de los placeres del exilio, y sin embargo puede decirse algo de alguna de sus condiciones. Contemplar ‘al mundo entero como una tierra extraña’ hace posible la originalidad de la visión*” (Said, 1984: 7).

Por otro lado, esta autobiografía no solo es un puente con el tiempo y con el espacio sino también con las lenguas, y esto porque la escritura funciona como la traducción de experiencias vividas en otra lengua, el árabe (Said, 2002: 14). Se trata entonces para Said de escribir en inglés una historia vivida en una lengua diferente. Como se verá, los pasajes de una lengua a otra son definidos como un “desgarro” (no en vano Said utiliza este término, cercano al universo semántico del cuerpo) que separó su lengua materna, el árabe, de su lengua escolar, el inglés. El bilingüismo (o mejor, el trilingüismo) de Edward Said lo convierte en un “escritor desalojado” de su propia lengua, en términos de George Steiner, que mantiene una relación de “vacilación dialéctica” no solo con su lengua materna sino también con otras lenguas.<sup>3</sup>

Y aquí una cuestión no menor de este texto, pero en la que no nos detendremos sino tangencialmente: el rol de la educación recibida en la formación de la identidad de Said. Todos los cambios de lugar de la familia Said implican, para Edward y sus hermanas, el comienzo en una nueva institución educativa y, con ello, el sometimiento a nuevos reglamentos, que muchas veces prohibían hablar árabe, o el conocimiento de sistemas distintos de educación, el norteamericano y el inglés (el primero pretendidamente más libre). Pero también Said

comprende, con el tiempo, que en su derrotero educativo muchas instituciones donde estuvo no hacían más que representar la empresa colonialista británica. Con relación a su propia identidad, la educación perpetúa la división interna que siente y que lo conduce a considerarse, cuando se trata de las instituciones, como una “*construcción inestable, débil y más temerosa que nunca*” (Said, 2002: 144).

En este artículo abordaremos primero el conflicto identitario a partir del bilingüismo del autor y de los exilios sufridos. En un segundo momento, veremos cómo estos desplazamientos promueven una percepción singular de la historia y de qué modo ella ingresa e interviene en la configuración del “yo” autobiográfico.

## **El problema de la identidad y de la lengua**

El problema de la identidad está estrechamente unido a los orígenes de la familia. En las primeras páginas, Said asegura que “*todas las familias inventan a sus padres y a sus hijos, otorgando a cada uno una historia, un carácter, un destino e incluso una lengua*” (Said, 2002: 17; subrayado nuestro). En lo que concierne a su historia, “el invento Edward” estuvo marcado por un *defasaje* que le dio a su identidad un rasgo “desviado”: en este sentido, Edward Said relata que su identidad siempre estuvo en una posición intermedia, entre varias lenguas, lugares y orígenes, y que en él perduró el sentimiento de nunca estar en el lugar correcto. El primer defasaje evidente aparece entre su nombre de origen inglés junto con su apellido árabe. Para aminorar el dilema de esta asociación, que perturbará al autor durante cincuenta años, Said resuelve acentuar o balbucear, según las circunstancias, su nombre o su apellido. De este modo, la ambigüedad respecto a su identidad se presenta, a los ojos del niño, en sus padres: la madre, Hilda, es palestina, y su padre, Wadie, es un ciudadano estadounidense nacido en Jerusalén que más tarde se hará llamar William. Ciertos puntos poco claros de la historia de su madre (Said desconoce, hasta llegar a la universidad, por qué ella hablaba inglés y cuál era su nacionalidad) junto con el secreto conservado por la familia sobre la historia de su padre, provocan la incertidumbre acerca de sus numerosas identidades, en conflicto la mayoría de las veces. De ahí el fuerte deseo de que toda su familia fuera árabe, o bien europea o americana, o todos cristianos ortodoxos o bien todos musulmanes (Said, 2002: 20).

Sin lugar a dudas, el conflicto acerca de su identidad involucra a la lengua que, en su caso, se ve imbricada en primer lugar entre el árabe y el inglés (Said desconoce cuál de las dos habló por primera vez) y, más tarde, el francés. Su relato testimonia la fascinación por el mecanismo de las lenguas y por el juego de escuchar, hablar, pronunciar y buscar entre estas tres posibilidades. Sin embargo, la facilidad de pasar de una lengua a otra y el goce por este juego es tardío: durante mucho tiempo, mientras hablaba en una lengua, sentía que las otras dos le estorbaban y que se hallaban depositadas, “[...] como valijas sobre el techo de un auto, siempre ahí, inertes y

*voluminosas...*” (Said, 2002: 300). Precisamente, estas reflexiones están acompañadas en el texto por “salpicaduras” de palabras en árabe y en francés que reafirman que *“las dos lenguas [el inglés y el árabe] existen conjuntamente en [su] vida, una resonando en la otra a veces irónicamente, a veces con nostalgia, y con frecuencia una corrigiendo o comentando otra”* (Said, 2002: 18).<sup>4</sup>

La madre, figura asociada a este fenómeno, le habla en inglés y en árabe: así es como, para el niño Said, el aura de su madre surge del pasaje inconsciente de una lengua a otra.<sup>5</sup> Ello no impide que, sin embargo, cada lengua represente un mundo particular: el árabe, más indulgente, conserva una musicalidad propia del mundo de la intimidad, mientras que el inglés logra un tono más objetivo y serio (Said, 2002: 19). En relación con esta distancia que marca la lengua inglesa, el singular uso que Said hacía de ella refuerza el conflicto identitario al que ya nos hemos referido. En diversas ocasiones, particularmente cuando se trata de responder a su madre, Edward se refiere a sí mismo con el pronombre “tú”: *“Mamá no te quiere, niño malo”, decía ella y yo le respondía con un tono entre quejoso y provocador: ‘Mamá no te quiere, pero la tía Melia sí.’*” (Said, 2002: 19). El juego infantil entre el “yo” y el “tú” provoca el desdoblamiento de su persona, característica que para Said acentúa su peculiar identidad, y tiene como correlato la creación de dos Edward, uno exterior y público y otro interior.<sup>6</sup> Por ejemplo, cuando en el año 51 sus padres deciden enviarlo a los EE.UU. para que continuara sus estudios, Said toma la iniciativa de no hablar de su familia ni de sus orígenes para intentar ser como los otros. Sin embargo, su “yo” interior irrumpe cada vez con más frecuencia, irrupción que le resulta cada vez más difícil de controlar (Said, 2002: 212). Por otro lado, este episodio remite a la relación de poder entre la educación y la lengua: al árabe se lo prohíbe en el colegio de El Cairo al que concurre (el Victoria College) y se lo descalifica en la escuela Mount Hermon, de EE.UU., para que los alumnos tengan los modales propios de los estadounidenses, o bien es una lengua que el niño “enmascara” para atenerse a las expresiones utilizadas (tal el caso de la Cairo School for American Children).

Las reflexiones en torno a la lengua son la posibilidad de recordar los espacios transitados y las distintas vivencias (por ejemplo, en El Cairo se promovía el uso del inglés, contrariamente a lo que sucedía en Jerusalén, la tierra de la familia Said, donde la lengua maternal prevalecía en las conversaciones cotidianas tanto de la escuela como de la casa). Esto es, el “yo” transita por la lengua y la recorre, la interroga y la cuestiona. Persiste un mismo conflicto, siempre latente: la lengua es una barrera que intensifica la extranjería sentida por Said adolescente (así sucede, por ejemplo, con la distancia que percibe con sus compañeros de clase árabes en Beirut) o también un agente de segregación que no permite la integración total con la sociedad de El Cairo. Pero también, en diversas oportunidades, la lengua se convierte en refugio para escapar de las autoridades en lo que respecta a la institución Victoria College. Pese a todas estas percepciones, distintas y también opuestas, Said subraya que *“[...] nada marcó mi existencia de manera más*

*dolorosa y, paradójicamente, me entusiasmó tanto, como los numerosos cambios de países, ciudades, casas, lenguas, ambientes que me obligaron a permanecer en movimiento todos estos años*” (Said, 2002: 329).

La narración señala, constantemente, la indeterminación de la identidad y la dificultad para sentir el lugar como propio. Sin embargo, dolor e incertidumbre son trastocados por medio de la escritura, cuyo propósito es cristalizar un “yo” narrativo que se reconoce como fruto de una experiencia dramática, la del exilio, y convertir dicha experiencia en un símbolo de riqueza. De ahí que Said afirme: *“Tengo la impresión de ser un flujo de múltiples corrientes. Prefiero esto en lugar del yo sólido, identidad a la cual muchos otorgan tanta importancia”* (Said, 2002: 442-443). Por cierto, el sentirse como una marea de corrientes recuerda cómo fluye la escritura que solo puede emerger en la lucha de su autor por mantenerse en vilo, concentrado y evitando el estado de somnolencia. El combate contra la muerte, silencio de la palabra, significa en él la defensa de su identidad. De este modo, *Fuera de lugar* configura un universo semántico propio para hablar de la identidad y de la lengua, indistintamente, a través de palabras como *ambigüedad, multiplicidad, corrientes, combinaciones, desplazamientos, desgarramiento, defasaje*, y expresiones como *“posición torcida”, “ausencia de un estilo adecuado”, “estar marcado”, “sentirse un ser inacabado, balbuceante y compartido”*.<sup>7</sup> Así, hacia el final del texto, Said resume el destino de este universo: *“Todas estas discordancias de mi vida –subraya el intelectual– finalmente me enseñaron a preferir estar un poco al margen, en defasaje”* (Said, 2002: 443)

## **Una escritura polifónica**

Escribir las memorias es un ejercicio que implica, en cierta medida, la reconstitución de una época. El “yo” de estas memorias se construye no solo a partir del recorrido geográfico de la familia Said sino también con la ayuda de la historia de Palestina.<sup>8</sup> Señalemos que tanto el “nosotros” familiar como el “nosotros” palestino se encuentran constantemente entrecruzados e incluso confundidos entre sí, hecho que permite leer los eventos históricos desde el devenir del microcosmos de la familia Said. Esta simbiosis entre el universo familiar y el universo de la historia es el resultado de una clara voluntad del autor. Esto a pesar de sus palabras del “Prefacio” que anuncian la presencia involuntaria en el libro de algunas reflexiones teóricas, relacionadas con sus trabajos sobre la historia de Palestina o con sus ensayos acerca de la relación entre política y estética. La presencia de dichas reflexiones, que uno puede juzgar ajenas a una autobiografía, obliga a preguntarse sobre el rol de las mismas en la construcción del “yo”. Sin lugar a dudas, su función es la de ceñir las percepciones de Said sobre su propia vida al acontecer histórico de Palestina: esto es, “yo me pienso” o “yo escribo mi pasado” a medida que

“escribo nuestra historia”. El resultado es un tejido cerrado que disuelve el “yo” en el “nosotros” palestino y donde “escribirse” es “escribirnos”: así, el “yo íntimo” se configura como un “yo colectivo” que intenta erigirse en portavoz de la historia de Palestina. Sin embargo, no olvidemos que se trata siempre de una obra de arte y, por ello mismo, de una “verdad individual”: *“ficción o impostura, el valor artístico es real; más allá de los trucos de itinerario o de cronología, se da testimonio de una verdad: la verdad del hombre, [...], sueños del hombre de genio que se realiza en lo irreal, [...].”* (Gusdorf, 1991: 16).

Los distintos desplazamientos de la familia, forzados por los eventos históricos, provocan su perpetuo exilio. Aquí es el desfile de diversos paisajes que prima al momento de abordar, nuevamente, la cuestión de la identidad:

*Con la lengua, es sobre todo la geografía –bajo una forma de partidas, llegadas, adioses, exilio, nostalgia, añoranza, pertenencia y viaje- que está en el centro de mis recuerdos de juventud. Cada lugar donde viví –Jerusalén, El Cairo, el Líbano, los EE.UU.- posee una red de valores densa y compleja que seguramente influyó en mi desarrollo, modeló mi identidad, formó mi consciencia personal y también la que poseo sobre los otros.* (Said, 2002: 15)

Durante su infancia y gran parte de su adolescencia, la familia vive en El Cairo, ciudad donde no tienen muchas amistades y donde jamás logran, por decisión del padre, convertirse en propietarios. Esta decisión promueve el sentimiento de no pertenencia que se ve reforzado a lo largo de los veranos que la familia pasa en Dhour el-Chweir, un pequeño pueblo en la montañas libanesas, a partir del año 1943. Por el contrario, Palestina asoma como el único sitio propio, lugar de sueños melancólicos. La vida en El Cairo se interrumpe en el año 47, cuando deciden instalarse en Jerusalén, pero allí solo permanecerán un año a causa del conflicto árabe-israelí de 1948. De regreso a El Cairo, un nuevo viaje es necesario, esta vez a EE.UU., pues el conflicto político parece agravarse. Algún tiempo después, en 1951, este país cierra el periplo de los viajes convirtiéndose en el destino final para terminar sus estudios. A diferencia del anterior encuentro, teñido de sentimientos de desilusión, esta vez la mirada de Edward hacia EE.UU. focaliza la relación entre este país e Israel, criticando la postura de sus contemporáneos palestinos quienes *“consideran los EE.UU. como un puro y simple poder sionista [...].”* (Said, 2002: 217). La llegada a América es vivida como un exilio que coincide con el silencio que se produce en su entorno respecto a Palestina; en otras palabras, el exilio real de la tierra abraza la pérdida de su país:

*El alejamiento de la Palestina en la cual yo había crecido, el silencio de mis padres sobre su influencia, su larga desaparición de nuestras vidas, el evidente malestar de mi madre y más tarde su hostilidad respecto a Palestina y a la política, la falta de*

*contacto con los palestinos durante mis once años de estudios en EE.UU.: todo esto me permitió, al principio, vivir en EE.UU. muy desapegado a la Palestina de mis recuerdos, de la tristeza irremediable y de la cólera rebelde (Said, 2002: 217)*

Como dijimos anteriormente, la historia de la familia se arraiga en la historia de su patria: Palestina, como lugar de sus orígenes, es la historia que debe ser escrita para cristalizar su identidad. La cuestión política que ella representa instala un conflicto en la familia Said, entre el padre y sus socios, a saber, los primos y la tía Nabiha. Por cierto, esta tía tiene un rol muy importante en la vida de Edward porque con su presencia fuerte y dinámica impide que la familia Said, propensa a la postura apolítica, se silencie y se olvide el drama en torno a Palestina.

Los sucesos de 1967, conocidos con el nombre de la “guerra de los seis días”, provocan un cambio radical en la actitud, hasta ahí silenciosa, de Edward Said y lo reenvía al comienzo de la historia, al combate por Palestina:

*[...] para mí este año representó una gran conmoción que englobó a todas las otras pérdidas: los mundos desaparecidos de mi juventud y de mi educación, los años apolíticos de la escuela, [...]. [Mi experiencia en el movimiento palestino durante los años 70] se arraigó en la parte agitada y secreta de mi vida interior –el antiautoritarismo, la necesidad de romper con un silencio impuesto, y más que nada la necesidad de regresar a la fuente de aquello que era incompatible y así romper y disipar el poder injusto del orden establecido (Said, 2002: 438).*

Este cambio coincide con otro momento clave que atañe la figura de la madre, pues solo allí el autor toma conciencia del modo profundo en el que ella se inmiscuía en la vida de sus hijos. Solo cuando Said rompe con los lazos familiares al instalarse en EE.UU., distancia que concuerda con el silencio respecto de su patria, su propia identidad comienza a configurarse sin dificultad: “*Mi búsqueda de libertad, de mi yo secreto escondido por ‘Edward’, solo pudo comenzar a partir de esta ruptura que hoy me parece feliz a pesar de la soledad y la tristeza vividas durante tanto tiempo*” (Said, 2002: 441).

Los sucesivos desplazamientos, vividos como exilios lingüísticos, geográficos o sociales, dejaron una huella dolorosa en Edward Said, tal como lo manifiestan las páginas de su autobiografía. Sin embargo, y así lo revela la cita anterior, en la perspectiva de Said el exilio también produce cierto entusiasmo o “impulso espiritual”: “*La mayoría de la gente es consciente de una sola cultura, una ubicación, un hogar; los exiliados conocen por lo menos dos, y esta pluralidad de visión da origen a una percepción de las dimensiones simultáneas, conciencia que –para decirlo con un término musical- es contrapuntística*” (Said, 1984: 7, subrayado en el original). La “composición contrapuntística” se revela aquí en tanto “escritura polifónica” que superpone a la voz del escritor exiliado, que indaga y cristaliza su identidad, la voz del intelectual comprometido con los acontecimientos políticos de su tiempo y, aún más, la voz de la historia

del pueblo palestino.

En este sentido, también, el exilio es un espacio fecundo para la escritura. Afirmar esto equivale a decir que la experiencia del autor, que lo convierte en un perpetuo extranjero, es determinante para la existencia de la escritura. Precisamente, en estos términos Said interpretaba las palabras de Erich Auerbach, en el epílogo a *Mimesis*,<sup>9</sup> al afirmar que “[Mimesis] es una obra edificada sobre una alineación trascendentalmente importante de ella, una obra cuyas circunstancias y condiciones de existencia no se derivan de la cultura que con tan extraordinaria perspicacia y brillantez describe, sino más bien sobre una agonizante distancia de ella” (Said, 2004: 19). El exilio sería, ciertamente, la condición para la escritura. Y, si esto es así, Edward Said se convertiría en uno de los poetas desalojados, como describe George Steiner, cuya escritura hace brillar, a través de la lengua, la problemática del exilio y de la pérdida de la patria y, junto con ellas, la configuración de la propia identidad.

<sup>1</sup> Maya González Roux actualmente realiza el Doctorado en Estudios Hispánicos en la Université de Paris 8, sobre la construcción de la identidad de escritor. Forma parte del Centro de Estudios de Literaturas y Literaturas Comparadas (CeLyC - UNLP), donde colabora como investigadora. En Francia, se desempeña como profesora de Literatura Hispanoamericana en la Université de Picardie Jules Verne, Amiens.

<sup>2</sup> Edward Said, *Out Of Place*, Vintage Books Edition, New York, 2000. Para el presente texto tomo como referencia la edición francesa, *À contre-voie*, Le Serpent à Plumes, Paris, 2002. Todas las traducciones son mías salvo indicación contraria.

<sup>3</sup> Georges Steiner, *Extraterritorialité, Essai sur la littérature et la révolution du langage* (1968), trad. fr. Pierre-Emmanuel Dauzat, Paris, Hachette Littératures, 2002. Steiner propone el concepto de “extraterritorialidad” para comprender la literatura contemporánea y pensar la extranjería vivida por algunos escritores dentro de una lengua determinada o de una cultura nacional, al margen de su situación real territorial.

<sup>4</sup> En referencia a este fenómeno, la escritora Sylvia Molloy sostiene que todo escritor bilingüe narra a partir de una ausencia, ya que la elección de una lengua determina la suspensión de la otra. Sin embargo, la lengua ausente sigue ejerciendo una presencia, de modo subrepticio, sobre la lengua elegida, contaminándola y aportándole elocuciones inesperadas. Es así que la lengua se ve “alterada”, en el sentido de “desviada” y socavada por esa otra, la segunda, siempre presente en la persona bilingüe. [Sylvia Molloy, «Bilingualism, writing, and not quite being there», en Courtivron, Isabelle de (ed. e introd.), *Lives in Translation: Bilingual Writers on Identity and Creativity*, New York, Palgrave Macmillan, 2003, p. 74

<sup>5</sup> Mientras ella representa el aspecto afectivo e intelectual (el primer contacto de Said con los libros, por ejemplo las obras de Shakespeare, es promovido por ella quien también lo alentará en la senda de la música. En sucesivas oportunidades Said se detiene en las escenas de lectura para describir el lazo de intimidad que se tejía con su madre), el padre encarna la fuerza física y moral, el orden victoriano así como el capitalismo moderno que asegura el confort en el que vive la familia Said.

<sup>6</sup> En varias oportunidades, Said reflexiona sobre el proceso de escritura de su relato. Uno de los hilos conductores de su relato, apunta, fue la observación de un segundo “yo” “[...] enterrado durante mucho tiempo bajo un barniz de características sociales muchas veces adquiridas con habilidad y bien ancladas en el personaje que mis padres intentaron construir –este ‘Edward’ al que me refiero de modo intermitente- [...]” (p. 329).

<sup>7</sup> Debemos agregar que el cuerpo, como identidad física, tiene un rol importante en las apreciaciones que Said hace sobre sí mismo. En relación con la sexualidad, el cuerpo es un tabú para los padres, quienes se esfuerzan por mantener este tema alejado de la vida de Edward. Pero también, el cuerpo es sometido a un control excesivo y microscópico. A la edad de trece años, Edward es inscripto en el gimnasio para corregir la mala postura de su espalda. Algunas semanas después, él sabrá por boca de su entrenador que en realidad sus padres habían ordenado que ejercitara los abdominales pues, siendo la parte central de su cuerpo, no estaba lo suficientemente firme. Este episodio instalará “un desgarramiento suplementario en la relación que tenía con [su] cuerpo.” (111), episodio que se prolongará en la focalización de sus manos, pies y ojos. A este cuerpo, continuamente rectificado, se le asesta el golpe final: la muerte del cuerpo es la posibilidad de la escritura de la vida, paralelismo que se lee en las siguientes palabras: “[...] escribir es moverse de una palabra a otra, afrontar la enfermedad es franquear las pequeñas etapas que nos conducen de un estadio a otro.” (Said, 2002: 327).

<sup>8</sup> En la Introducción a su libro *La literatura autobiográfica argentina*, Adolfo Prieto se detiene y cuestiona el valor testimonial de la autobiografía, tan aceptado, y sostiene: “Si el valor testimonial de la literatura autobiográfica pretende



apoyarse solo en la verdad de los datos y de los hechos consignados, debemos reconocer que tal valor es relativo y susceptible de frecuentes ajustes. Los intrincados mecanismos del olvido, la perspectiva del tiempo, la trama de intereses personales o de grupo, son eficaces auxiliares en la tarea de trastocar fechas, deformar anécdotas, invertir o suprimir el orden real de los sucesos”, p. 15.

<sup>9</sup> Erich Auerbach (1942), *Mimesis*, trad. de I. Villanueva y E. Ímaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1996. “[...] la investigación fue escrita en Estambul durante la guerra. Ahí no existe ninguna biblioteca bien provista para estudios europeos, [...]. Por lo demás, es muy posible también que el libro deba su existencia precisamente a la falta de una gran biblioteca sobre la especialidad”, p. 525.

## Bibliografía consultada y/o citada

AUERBACH, ERICH (1942). *Mimesis*, trad. de I. Villanueva y E. Ímaz. México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

DE MAN, PAUL. “Autobiography As De-Facement”. En su: *The Rhetoric of Romanticism*. New York, Columbia University Press, 1984. pp. 67-81.

GUSDORF, GEORGES. “Condiciones y límites de la autobiografía”. En LOUREIRO, Ángel G. (coord.). *La autobiografía y sus problemas teóricos. Suplementos Anthropos*, 29: 9-18, diciembre 1991.

MOLLOY, SYLVIA. “Bilingualism, writing, and not quite being there”. En COURTIVRON, Isabelle de (ed. e introd.). *Lives in Translation: Bilingual Writers on Identity and Creativity*. New York, Palgrave Macmillan, 2003. pp. 69-77.

PRIETO, ADOLFO (1962). *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires, Eudeba, 2003.

SAID, EDWARD. “Recuerdo del invierno”, trad. esp. Beatriz Sarlo, *Punto de Vista*, 22: 3-7, diciembre 1984. *Representaciones del intelectual*. Barcelona, Paidós, 1996.

*À contre-voie*, trad. de Brigitte Caland e Isabelle Genet. Paris, Le Serpent à Plumes, 2002.

*El mundo, el texto y el crítico*, trad. de Ricardo García Pérez. Buenos Aires, Debate, 2004.

STEINER, GEORGE (1968). *Extraterritorialité. Essai sur la littérature et la révolution du langage*, trad. de Pierre-Emmanuel Dauzat. Paris, Hachette Littératures, 2002.